



Romana García Luengo, 83 años.
Douglas Kenneth O'Donnell, 18 años.

Todo el mundo me conoce como Romi

"Romi, todo el mundo aquí me conoce como Romi", me explica por teléfono la vocecita de Romana García Luengo, una mujer "pequeñita y menudita de pelo muy blanco" que tendría la oportunidad de conocer unos días más tarde.

Romi tiene ochenta y tres años y su historia es la de una mujer trabajadora que ha sabido ser feliz con lo poco que ha tenido y nunca ha sido envidiosa. Es a la vez la historia de muchas mujeres, que al igual que ella, han vivido los horrores de la guerra civil española y han trabajado muy duro, tanto fuera como dentro de la casa, para mantener a su familia y cuyo esfuerzo apenas se ha visto reconocido.

Cuando estalló la guerra civil ella y su hermano de tan solo cuatro años se encontraban en casa de unos tíos, Romi tenía trece años y era la hija mayor. "Ya llegaba la guerra por ahí, por donde yo estaba con mis tíos. Ellos salieron huyendo, como salía mucha gente, y los que tenían familia en Madrid, pues se venían para Madrid y los que tenían familia en otros sitios pues se iban para otros sitios." Los padres de Romi y su hermana estaban en su pueblo de Ávila pero las tropas habían cortado el paso y Romana no pudo reunirse con ellos. "Así es que yo pasé aquí en Madrid toda la guerra, toda la guerra hasta que terminó. Mi padre, mi madre y una hermana se quedaron en el otro lado. Yo estaba, estaba como lo llamaban entonces, en la zona roja".

Pasaron tres interminables años hasta que Romi tuvo noticias de su familia. Cuando por fin acabó la guerra, Romi inició un largo viaje a pie hasta el pueblo de sus tíos "haciendo noche" en el camino. Su Madre también se dirigió al pueblo de los tíos y ahí se reencontraron madre e hija. "A mi me entró una alegría tremenda, pero fue cuando me enteré de que mi padre estaba en la cárcel. Entonces ya supe, desde aquel mismo instante, que yo tenía que trabajar".

Su padre pertenecía a la UGT y estuvo ocho años en prisión, cuando salió, Romi ya estaba casada. "Nos tuvimos que apañar, todos a trabajar". Con dieciséis años comenzó a trabajar como asistenta en una casa. Trabajó ahí hasta los veintiún años y se casó con un madrileño llamado Alejandro. "Me tuve que poner a servir, que no es ninguna bajeza, porque es trabajar. Se estaba mejor en una casa, allí dormía y allí todo". Romi y sus compañeras libraban unas escasas horas a la semana, desde las cinco de la tarde hasta las nueve de la mañana del lunes, sin embargo asegura que estaban contentas ya que otras no tenían tanta suerte y solo "salían" una vez cada quince días.

La guerra civil tuvo un gran impacto sobre la vida de Romi, y sobre la de todos los españoles, pero prefiere no hablar de ello. "La Guerra... matándose entre hermanos, Dios mío eso es horrible. Yo todavía, mira, no puedo hablar de ello... Las guerras no traen nada bueno. Lo único que traen son desgracias y sufrimientos, y que haya más rencor", es la voz de una mujer que ha conocido y sufrido la guerra, sin duda, una voz que debería ser escuchada.

Tras la guerra, y una vez casada, Romi pasó de trabajar en una casa ajena a trabajar en su propia casa, en el Barrio de Salamanca, donde vivía con Alejandro. No sólo se



ocupaba de todas las tareas domésticas, sino que además se dedicaba a arreglar medias. "Si me sacaba un duro o dos al día, pues con eso ya podía comer."

Romi y Alejandro tuvieron una hija, María Teresa, a la cual pudieron proporcionar con unos estudios y hasta con un piso en Ciudad Pegaso, en distrito San Blas de Madrid. "Estoy orgullosa. A nuestra hija le hemos podido dar los estudios y ahora tiene un buen puesto de trabajo". Su hija vivió unos diez años en ese piso, después, el piso sería ocupado por sus padres. Es un cuarto sin ascensor y es donde vive Romi actualmente.

Romi es viuda desde hace catorce años, no obstante no ha perdido esa vitalidad que siempre la ha caracterizado. Sube y baja sus cuatro pisos de escaleras un mínimo de tres veces por día y asegura que no se cansa. Se reúne frecuentemente con amigos, hace ganchillo en el centro de mayores y participa en todo tipo de concursos. Es una mujer que ha trabajado casi toda su vida, que se conforma con poco y que ha sabido siempre ver el lado positivo de la vida. Es Romana García Luengo, la que todo el mundo conoce como Romi.